ruido en una reunión que preparaban, y Ducasse anunciaba la proximidad del combate, usando de reticencias socarronas.

—Ahora bajo—añadió Verdier.—Estoy preparado para la noche.—Y volviéndose á Gilberta cuando hubo desaparecido el joven Pitt en dirección del salón:—¡Tienes razón—la dijo;—olvidemos tanta infamia, y á tu puesto, candidato!

¡Garousse y la elección le preocupaban ahora bien poco! Lo que absorbía por completo su pensamiento era su sobrina, la calumnia lanzada sobre ésta y todo lo que se adivinaba de rastrero y de miserable en las habladurías de aquellos necios.

La campana anunció por segunda vez que les esperaban en el comedor. Verdier atrajo hacia sí á su sobrina y la abrazó con efusión.

—¿Pero cómo habrá tantos bribones en el mundo? —la dijo.

La joven trató de sonreir, cogiéndose á su brazo para bajar.

—¿Ahora—dijo—os dáis cuenta de eso, querido tío? ¡Sois un niño!...

—No, lo que soy es un hombre honrado, que no puede transigir con las infamias ni con los infames.

XVI

Elena Morgan, desde su última entrevista con Roberto, no perdía el tiempo; meditaba, con la sangre fría de una reflexión calculada, la manera de reconquistar el terreno perdido. Evidentemente el Conde no la amaba ya. ¿La había amado alguna vez? Deseado sí; pero amado...

Y la linda inglesa, mirándose al espejo como para estudiarse á sí misma, movía irónicamente su linda cabeza.

No había sido nunca amada (aunque Roberto la hubiera asegurado lo contrario). *¡Never!* (jamás). Ese *never*, que repetía ahora, sonaba en sus oídos de una manera lúgubre. ¡Después de todo, la preocupaba poco haber inspirado ó no eso que llaman amor y que ella no sintió nunca! Había tenido caprichos; pero enamorarse, ¡jamás! No había amado nunca otra cosa que á su persona y á su belleza, que cuidaba como á plantas raras y delicadas. Todo lo que no fue-

ra su persona la tenía sin cuidado. No era por atraer á Roberto por lo que cuidaba de su hermosura, sino porque contaba con ella como un recurso para en caso necesario.

Se burlaba del amor del Conde, y sin embargo, los celos—ya que no de mujer enamorada, de mujer herida en su amor propio—la encolerizaban al pensar en Gilberta, en la mujer que se atravesaba entre ella y el Conde de Montbrun. Como no la conocía, se la imaginaba tímida, fría: ¡una hermosura de pensionista!

Mucho era preciso que el Sr. de Montbrun, débil de suyo, la amase para hacer frente con tanta energía á su legítima mujer cuando ésta se presentaba á reclamar sus derechos.

—¡Sí, su legítima mujer!—se decía Elena, buscando entre sus papeles la fe de casamiento que le había de dar la victoria, haciendo que se reconocieran sus derechos...

Estaba decidida á luchar contra los Montbrun.

Había dicho formalmente al Conde que se cansaba de ser Condesa anónima. ¿Estaba casada? ¿Sí? Pues bien, quería llevar su título (¡Condesa!) aunque la costara acudir á los tribunales para conseguirlo.

¡Los tribunales! ¡Pleitear! Para pleitear se necesita dinero, y la miseria llamaba á sus puertas. Todo lo que la dió Roberto lo había despilfarrado, y tenía además hipotecada la pensión. De los objetos de valor que la restaban, parte habían sido vendidos para sostenerse ella, y parte para la señora Morgan, que, vieja, enferma y necesitada de reposo, se había retirado á Warwickonire, en donde vivía. No restaban, pues, más que algunos despojos de su lujo que vender para sostenerse algún tiempo más. Pero con ellos, su belleza, su energía y su derecho—Condesa de Montbrun—no se moriría de hambre.

Sin embargo, aislada como se encontraba, estaba condenada á la prudencia. Un proceso bruscamente entablado podía exasperar al padre y al hijo. Pensaba esto dando vueltas entre sus blancos dedos al acta de matrimonio, ya un poco amarilla por el tiempo, extendida por el pastor Borlow. ¿Y si la ley francesa no reconocía esta unión? ¿Si casada en Inglaterra, no se la consideraba como tal en Francia?

Antes de acudir á los tribunales trataría de convencer á Roberto—peesaba—de que debía acceder á sus deseos.

Pero éste contestó con la altanería y el desprecio á sus proposiciones. De los dos caminos que pensaba seguir para lograr lo que se proponía, el uno no le había dado resultado, que era el de la persuasión. Necesitaba, pues, emprender el otro, el de la amenaza.

Sabía que el Conde adoraba á su hija, y pensó que robando á Cipriana le obligaría á consentir en lo que ella le propusiera.

Decidida á cometer el rapto, tomó todas sus me-

didas para ello. Escribió á una de sus antiguas doncellas, que vivía en Trouville casada con un judío, y ésta se enteró de que la niña no estaba en Villerville, porque allí se decía que Ruaud había salido una mañana muy temprano llevándosela consigo á París.

Elena comprendió que había adivinado su pensamiento.

—¡No importa!—se dijo;—puesto que toma tantas precauciones, es evidente que tiene miedo que se la roben. ¡Adelante, pues! Me alegro saberlo; le tengo cogido, puesto que conozco su flaco. ¡Lograré mi intento!

Desde aquel instante, con las precauciones y la sangre fría de un polizonte avezado, se puso en persecución de su hija.

Es imposible que la tengan en el mismo Melun—pensó;—debe estar ó en sus alrededores ó en París.

Volvió á Melun, é indagando por todas partes, supo que el Conde iba casi todos los días solo hacia Fontainebleau. Esto prueba que por allí debe estar Cipriana, se dijo.

No necesitó más que espiarle para ver dónde entraba y deducir que estaría allí la niña.

Al volver á París desde Fontainebleau se encontró en la estación con un joven muy elegante y risueño, que la saludó, y á quien reconociendo ella, se apresuró á tender la mano diciéndole:

—¡Ah! ¡Qué suerte la de encontraros, mi querido Reville! Sabía que vivíais aquí, pero...

—¡Y establecido en Melun, que es lo peor!... Voy á París para fortalecerme un poco y comer en la fonda de los *Embajadores*. ¡Se ahoga uno en Melun!

—¿Estais engolfado, como siempre, en la política en Melun?

—¡En la polémica, pues eso no es política!

La inglesa sonrió maliciosamente y añadió con cierta dulzura y ligero acento británico:

—¡Oh, oh! ¿Polémicas en Melun?

—¡Electorales!

—¡En verdad que no sé por qué os pregunto esto! Leo *La Anguila*. ¿Sois muy *amigo* del comandante Verdier?...

Saboureau de Reville soltó la carcajada.

—¿Amigo del comandante yo?... Es un moderado furibundo y todos los medios me parecen buenos para combatirle y aplastarle siempre que pueda. ¡Los radicales avanzados como nosotros no transigimos!... ¡Nada de concesiones!...

El periodista de conveniencia pronunció estas palabras con cierto tono de dignidad.

—¡Ah! ¡Bah!—exclamó Elena.

Le conocía perfectamente. Se habían visto en Luchon, en Dieppe y en Vichy y viajado juntos un verano en un vapor que navegaba por el Rhin.

—No os comprendo, querido Reville. ¿Os he conocido legitimista?

—¡En tiempos de la fusión, sí! ¡Ahora soy radical de los más avanzados!

Elena, que había hablado muchas veces al Conde de este Reville, «hombre dispuesto para todo,» estaba encantado de haberle encontrado. Independientemente de su verbosidad, que tan agradablemente la había distraído en otras ocasiones, Saboureau tenía para Elena ahora un valor inapreciable, en que ni siquiera había pensado: era adversario decidido del personaje cuya sobrina la estorbaba.

¡Era, pues, preciso utilizar á este Reville! Subió en el vapor y tras ella el periodista, en el momento en que un hombre, joven aún, elegante y risueño, á quien todos saludaban, montaba en un compartimiento reservado.

Reville saludó también, mas expresivo que los demás, á aquel caballero, oficial de la Legión de Honor, que contestó con extrañeza, pero con amabilidad, á su saludo.

—¿A quién habéis saludado?—preguntó Elena sentándose frente á Reville.

—¿A quién? ¡Al Gobernador!... Va á París, como yo. Siempre está en París. Gobierna á distancia. ¡Sin duda piensa que, así como cuando los Cuerpos Colegisladores están cerrados, la nación está más tranquila, cuando los Gobernadores están ausentes las provincias están mejor gobernadas!

Saboureau de Reville decía esto con burlona sonrisa.

—Estoy muy bien con él—añadió.—No se sabe lo que puede ocurrir. Yo puedo volver á ser conservador, ó él convertirse en radical, y... ¡siempre es bueno entenderse!

Este vergonzoso cinismo del hombre que está siempre alerta de lo que más le conviene, no desagradaba á Elena. A falta de la corista retirada, podía valerse de Reville para lograr sus propósitos. ¡Viviendo como vivía Reville en Melun, combatiendo como combatía la candidatura Verdier y pudiendo vigilar el hotel Montbrun, era el colaborador soñado! De Melun á París Elena se mostró lo suficientemente coqueta é insinuante para que Reville, que la había encontrado siempre encantadora, pensara en que volvía á reanudar la lectura de la novela abandonada, en el barco que navegaba por el Rhin, en la página más interesante.

Elena había encontrado lo que buscaba. Sabría por él todo lo que ocurriera en Melun, y la pluma del periodista la sería más útil que la elocuencia de todos los abogados.

—Nada de escrúpulos—se decía,—mucha audacia y asociémonos á él por todos los medios, exija lo que exija. ¿Me exige que le ame?... Eso es imposible; pero *le apreciaré*... Me valdré de él para hallar á Cipriana, no porque me importe el verla, sino para obligar al Conde á que capitule...

Esta decisión pareció á Elena la más acertada, porque si era verdad que los matrimonios verifica-

dos con franceses en Inglaterra no eran válidos en Francia si no se habían llenado ciertos requisitos, perdería su tiempo y su derecho, mientras que apoderándose de Cipriana y teniendo el periódico á su favor, desempeñaría el papel de mártir, tomando por pretexto su maternidad, y conseguiría que Roberto cediera...

La Anguila de Melun tomó diferente actitud desde que Elena y Reville se entendieron. Todo lo que Cappois y Guenaut habían dicho al comandante con relación á su sobrina se publicó en *La Anguila*. No era ya sólo la oposición al candidato la que hacía el periódico, sino una propaganda baja y soez contra Verdier y su sobrina.

Elena supo muy pronto el paradero de su hija, y desde entonces sólo pensó en los medios de apoderarse de ella. Proyectó seducir por medio de dinero á la familia que la cuidaba; pero eso es imposible—se dijo.—Antiguos servidores de los Montbrun y profesándoles tanto cariño y respeto, nada podré conseguir por ese lado.

Un día se propuso entrar en la casita de Debray; pero temiendo infundir sospechas, desistió de su empeño por entonces, contentándose tan sólo con observar lo que pasaba dentro. La puerta estaba abierta y Elena pudo ver muy bien á una joven vestida de negro que se parecía á la que ella se había imaginado.

Poco después bajaba Roberto de un carruaje

y entraba en la misma casa. El corazón de Elena, que no latía ni de amor ni de entusiasmo, latió en aquel momento de despecho y de cólera. Era su rival la que estaba allí dentro.

¡Se dan citas amorosas aquí! ¡Tanto mejor! Ya no solamente tengo el arma de Cipriana... la honra de la sobrina del comandante está comprometida; esto hará ceder al Conde para evitar mayor escándalo, y mi suerte quedará decidida en la casita de Avon...

Dió cuenta á Reville de todo lo que pensaba y había visto.

—¡Bravo! ¡Ah! Todo está explicado ahora. ¿Cómo había de aceptar el Marqués la presentación de su candidatura? ¡Cómo nos vamos á reir de esa mogigata, que pretende pasar por tan honrada!... La desenmascararemos y será la mofa y el escarnio hasta de los más indiferentes. Verdier conoce su negocio. Aparentando una honradez que no existe, hace pasar á su sobrina por una joven honesta. ¡Honesta!,.. ¡La anécdota de ahora será de más sensación que la de Guelmá!—Y el redactor de *La Anguila* se frotaba las manos mientras decía esto.

—No vayáis á decir que la sobrina del comandante...

—¡No temáis, cuestión de adjetivos! Existen medios de decir cuanto se propone uno decir sin comprometerse. No se afirma, se indica, se insinúa y todo el mundo comprende. ¡En política se permite todo!—dijo.

Y añadió cogiendo la diminuta y fría mano de la inglesa:

—¡Me burlo de la política!... ¡Por vos me burlaría del mundo entero!

Un relámpago de satisfacción animó por un segundo los verdes y lindos ojos de la inglesa.

Los artículos de *La Anguila* y las murmuraciones de que el veterinario y Cappois habían hablado á Verdier tenían su origen en la peligrosa asociación, en la comunidad de odios y de amores entre Elena Morgan y Saboureau de Reville.

Gilberta y su tío ignoraban hasta qué punto se había extendido la calumnia.

La joven se preocupaba tan sólo de su tío, y suplicaba á Ducasse que no le abandonase en la empresa á que le habían lanzado.

El joven Pitt sentía viva satisfacción en complacer á la sobrina del comandante, hacia quien se sentía muy inclinado apesar de su firme propósito de no dar entrada en su corazón más que á la pasión política.

La señora Herblay, algo celosa, se apresuró á hacerle entender que perdía el tiempo, porque Gilberta amaba á otro.

—¿Y quién os dice, señora, que...—murmuró el vicepresidente de la conferencia Montesquieu una tarde que Enriqueta se lo repetía irónicamente.

Ella sonrió, sin darse por entendida.

Encontraba á Ducasse de mucho talento, y se con-

vencía cada vez más de que sería un buen político.

—¡Ah! ¡Si ese bueno de comandante no fuera candidato!...—pensaba.

Mientras Verdier, acompañado de Ducasse, se dirigía al *café de L'Eclair* para discutir con los partidarios de Garousse, Enriqueta se quedó sola con Gilberta en el gran salón, pues el señor Charvet había tenido que privarse de la visita acostumbrada á causa de un fuerte dolor de muelas. Pobre senador, tenía dolor de muelas!...

Enriqueta, sin darse cuenta de ello, recordaba la fina sonrisa de Emilio Ducasse y veía en su imaginación las dos hileras de perlas que éste dejaba ver al separar sus acoralados labios para sonreir; pero se acordó de que no estaba sola, y volviéndose á Gilberta, á quien encontró muy triste.

—¿Qué os pasa, hija mía?—le preguntó.

—¡Nada, señora!

—¡Algo os pasa! ¡Estáis muy triste!

Estaba más aturdida que triste con lo que le había contado su tío. ¡Ah! ¡Cuánta infamia hay en el mundo! ¿Qué daño había hecho? ¿Por qué se ocupaban de ella, cuando ella no se ocupaba de nadie? Ansiaba vivir tranquila, olvidada, y la mezclaban en vergonzosas historietas, que despreciaba, sí, pero que la entristecían por su buen tío.

Contó todo lo ocurrido á la señora Herblay, quien moviendo la cabeza la dijo sonriendo: